

Medalla de Plata UC – 25 Enero 2019 – Juan Antonio García Porrero

Sr. Rector Magnífico, Sra. Vicepresidenta del Gobierno de Cantabria, estimadas autoridades civiles y académicas, queridos universitarios, señoras y señores:

Es un inmenso honor estar hoy aquí, en el Paraninfo de mi Universidad, para recibir la Medalla de Plata que tan generosamente ésta me ha otorgado. Mis palabras están llenas de agradecimiento para todos vosotros: profesores, estudiantes, personal de administración y servicios que lo habéis hecho posible.

Agradecimiento emocionado al recordar la propuesta inicial de mi Departamento de Anatomía y Biología Celular, el apoyo de la Junta de muy querida Facultad de Medicina, el apoyo espontáneo y cariñoso del Personal de Administración y Servicios de la Facultad, el apoyo de personas, ahora ajenas a la Universidad, pero a las que he tenido el placer de conocer a lo largo de más de 40 años (profesores, médicos, funcionarios...), y muy, muy especialmente, al recordar, el apoyo del Consejo de Estudiantes de la Facultad de Medicina que me han hecho llegar, mediante una carta entrañable de sus representantes, letras que me enorgullecen y siempre llevaré en mi corazón. Nada hay más satisfactorio para un profesor que el reconocimiento de sus alumnos. Por último, pero no el último, mi agradecimiento más profundo al promotor de la iniciativa, mi amigo y colega, el profesor Dámaso Crespo Santiago, que, con tanto cariño, eficacia, entusiasmo, y, mucho exceso de alabanza, consiguió llevar a buen puerto su firme idea. Gracias Profesor Crespo, gracias querido Dámaso.

En octubre de 1966, pisé por primera vez las aulas de una Universidad, las de la Facultad de Medicina de la ciudad donde nací, Valladolid. Mi propósito era ser médico y ejercer la medicina, como lo habían hecho mi padre y mi abuelo, quién, por cierto, fue médico del Astillero y de Los Corrales de Buelna. Y me preparé para ello. Pero el destino, o la vida, tenían oculto otras cosas para mí: que no ejerciera la medicina y que nunca abandonara la Universidad.

Algunos profesores de esos años de mi licenciatura, que tuve el privilegio de conocer, me animaron a orientar mi vida a la enseñanza y la investigación básica de la Medicina. Me formé como anatomista, me trasplanté de Castilla a Cantabria, y en la Facultad de

Medicina de Santander, que entonces comenzaba su andadura, ha transcurrido mi vida universitaria.

La universidad que yo empecé a conocer no es la misma que es hoy, como no lo son las facultades de medicina ni los hospitales, como no lo es la sociedad en general. La Medicina ha dado pasos gigantescos y la Universidad ha experimentado, para bien, notables cambios organizativos y estructurales. Pero, con todos los cambios, en la universidad encontré siempre un espacio de libertad intelectual, un mundo en el que podía aprender a mi elección y en el que podía enseñar a otros lo aprendido y, de ese modo, contribuir a la sociedad de mi tiempo.

Aprender, quiero decir: descubrir los objetos de la curiosidad, con entera libertad. Investigación libre y básica diríamos hoy, sin un interés práctico inmediato (¿Quién es tan pretencioso para saber lo que es importante?). Tomás de Aquino, cuya festividad celebramos, escribió en la *Summa para los gentiles*: “El oficio del sabio es ordenar”; el maestro escolástico tenía claro que en la oscuridad y el caos con que se nos presenta la realidad, conocer es ordenar, distinguir, y clasificar lo diferente según el valor que le corresponde. Y eso es lo que todos los científicos de todos los campos del saber, con más o menos éxito, y con más o menos honradez, tratan de hacer cuando publican un artículo o un libro. Pues bien, indagar, de manera muy modesta, pequeños secretos de las formas y estructuras humanas, de cómo se construyen durante el fascinante proceso de desarrollo embrionario (que tiene la apariencia de un milagro), ha sido uno de los objetivos intelectuales de mi vida. Nada importante para la ciencia, por supuesto, pero una aventura apasionante para mí.

Y si hay un lugar en el que me he sentido feliz como universitario, este ha sido el de las aulas de la Facultad de Medicina. Entrar en un aula, contemplar las caras expectantes de interesados jóvenes aprendices, hacerse el silencio cual lugar sacro, y comenzar a enseñar, bajo el filtro de la experiencia acuñada por el estudio y la reflexión, lo que de tantas generaciones hemos aprendido, es un emocionante privilegio. Hoy, gracias a las maravillas de las nuevas tecnologías, la enseñanza se ha hecho más atractiva y más fácil y, además, se puede hacer de muchas maneras, algunas tan cómodas que ni el profesor tiene que saberse la lección... incluso ni saber de lo que habla..., porque puede estar haciendo otras cosas al mismo tiempo gracias a

internet. Pero hacerlo bien, permitidme en razón de mis canas esta licencia, tiene algunos pequeños secretos: conocimiento, método y actitud. Que el estudiante sepa que sabes, que se identifique con un método claro, sencillo y coherente, y actitud para transmitirlo.

Actitud para llegar, para emocionar, para provocar, para ayudar al estudiante a que el mismo se interrogue. Para no solo enseñar, sino educar. Educar a otro es enseñarle bajo la propia experiencia personal. La educación es el mayor éxito de la especie humana. Y eso requiere presencia, - no ausencia virtual -, pasión y humildad por parte del profesor, pues éste siempre aprende con el contacto con sus alumnos. Que el estudiante se interrogue quiere decir que le ayudemos a ser científico aprendiendo una profesión. El viejo debate de la universidad del siglo XVIII: ciencia o profesión, está superado. Ciencia sí, por supuesto, pero profesión también, basada en la ciencia.

En fin, señoras y señores, ser profesor de universidad ha sido para mí, y es, todavía, un privilegio. Me ha permitido desarrollar un trabajo en entera libertad y no sentirme nunca alienado ni sumiso al poder. Lo que he podido hacer como profesor o como gestor – en distintas responsabilidades muchos años - se lo debo a personas maravillosas y competentes que he tenido la inmensa suerte de tener a mi lado. Para todos ellos mi infinita gratitud.

Termino, la Universidad, como institución que se soporta en la razón y la crítica de pensamiento, siempre ha estado en transformación, y ahora también debe reformarse para corregir los vicios de la costumbre y seguir mejorando en el perfeccionamiento de sus verdaderos objetivos: conocer y enseñar. La Universidad es hoy multifacética y ha logrado una gran interacción con la sociedad; en sus nuevas adaptaciones podrá ser muchas cosas, pero, como institución generosa por esencia, nunca, nunca, debe ser un negocio, y, por supuesto, nunca una oportunidad para los buscadores de fortuna.

Gracias, gracias de corazón a todos.

En Santander a 25 de enero de 2019

Juan Antonio García-Porrero Pérez